

estado, puesto que la mudanza á uno y otro convenía. Entonces el preceptor me hizo observar que mi juicio era erróneo, porque me detenía en el aspecto de conveniencia ó bienestar, sin antes tomar en consideración la justicia, que exige que á nadie se le haga fuerza en lo que le pertenece. Y es fama que Ciro fué castigado con maltrato de obra, ni más ni menos que lo somos nosotros en nuestras villas por haber olvidado el primer aoristo de *túpto*. Mi maestro me dirigía una terrible arenga, *in genere demonstrativo*, antes de persuadirme de que su escuela valía tanto como la de Astiages.»—N. del A.

(18) Considerando los desórdenes afrentosos que la imprenta ha causado en Europa ya, y juzgando del porvenir por el progreso que el mal hace uno y otro día, fácil es prever que los soberanos no tardarán en tomarse, para expulsar el terrible arte de sus Estados, tantos cuidados como se han tomado para introducirlo en ellos. El sultán Achmet, cediendo á las importunidades de algunas supuestas personas de gusto, había consentido establecer una imprenta en Constantinopla; pero no bien la prensa empezó á producir, la destruyó y lanzó á un pozo sus aparatos. Dícese que el califa Omar, consultado sobre lo que debía hacerse con la biblioteca de Alejandría, respondió en los siguientes términos: «Si los libros de esa biblioteca contienen cosas opuestas al *Alcorán*, son malos y hay que quemarlos; si no contienen más que la doctrina del *Alcorán*, hay que quemarlos también, porque son supérfluas.» Nuestros sabios han citado este razonamiento como el colmo de la absurdidad.

Poniendo, empero, á Gregorio el Grande en lugar de Omar, y al Evangelio en lugar del *Alcorán*, la biblioteca hubiera sido quemada, y su incendio acaso constituiría hoy el rasgo más hermoso de la vida de aquel ilustre pontífice.—N. del A.

(19) *Mercur de France*, de Junio de 1751 (tomo II).—N. del A.

(20) Montaigne, *Essais*, I, XXIV.—N. del A.

(21) El haber sido anónima y sin autor confesado la obra del rey de Polonia, me obligó á guardar el *incógnito*; pero el haber luego reconocido públicamente su paternidad, me ha dispensado de callar más tiempo el inmerecido honor que me hizo.—N. del A.

(22) Todos los príncipes, buenos y malos, serán baja é indiferentemente loados, siempre que haya cortesanos y hombres de letras. En cuanto á los príncipes que son grandes hombres, les convienen elogios más moderados y mejor escogidos. La lisonja ofende su virtud, y el elogio mismo puede dañar su gloria. Trajano sería mucho más grande á mis ojos, si Plinio el Joven no hubiera escrito su *Panegírico*. A haber sido Alejandro lo que afectaba parecer, no habría pensado en que se le hiciese su retrato y su estatua, ni permitido que redactase aduladora semblanza suya un lacedemonio. La única recompensa digna de un rey es hacerse conocer y oír, no por la boca mercenaria de un orador, sino por la voz de un pueblo libre. El emperador Juliano decía á los cortesanos que ensalzaban su justicia: «Para que vuestras alabanzas me causasen gozo, sería preciso que os



atreviéiseis á decir lo contrario, si fuese verdad.» N. del A.

(23) De lo que uno debiera sorprenderse es de la cuestión misma, grande y bella cuestión, como jamás se propuso, y que bien podría tardar en ser renovada. La Academia Francesa acaba de proponer, para el premio de elocuencia del año 1752, un asunto muy semejante á éste, pues se trata de sostener que *el amor de las letras inspira el amor á la virtud*. La Academia no ha juzgado oportuno plantear el problema en interrogante, y ha concedido en esta ocasión doble tiempo del que antes concedía á los autores, aun para el desarrollo de los temas más difíciles.—N. del A.

(24) Evito justificarme, como tantos otros, con aquéllo de que nuestra educación no depende de nosotros mismos, ni se nos consulta para envenenarnos. De muy buen grado me lancé al estudio, pero de mejor corazón todavía lo abandoné, al darme cuenta de la turbación que producía en mi alma, sin ningún provecho para mi razón. Repúgname un oficio engañoso, en el que se cree hacer mucho para la sabiduría, haciéndolo todo para la vanidad.—N. del A.

(25) *Historia*, II, xxxi. La frase que se atribuye á Alfonso el Sabio, y á que Rousseau hace referencia en el texto, no tiene, por necesidad, el sentido ateístico que suele dársele. Nuestro célebre monarca medioeval aludía en ella, no tanto al universo en sí ú objetivamente considerado, sino al universo imperfectamente concebido y formulado por Ptolomeo. Así lo entiende, entre otros, Picatoste (*Las frases célebres*, 102, 104). «He

hecho el mundo», es una frase de exactitud maravillosa en boca de Ptolomeo. El gran astrónomo se equivocó en todo: ni la tierra está en el centro de los orbes, ni hay los cielos que ideó, ni el orden de los planetas es el suyo, ni existen elementos, ni primer móvil, ni epiciclos; pero Ptolomeo calculó el primero un sistema del universo, y por ende pudo decir, refiriéndose á su razón, que había hecho el mundo. También Aristóteles se equivocó en casi cuanto escribió, y, sin embargo, los siglos le han respetado como creador y fundador de la filosofía y de la mayor parte de las ciencias. Alfonso el Sabio resumió en una sola frase la crítica más profunda del sistema de Ptolomeo, dos siglos antes de que los demás astrónomos conocieran sus errores al exclamar: «Mejor habría hecho yo el mundo.» En esta frase están indicados todos los errores del astrónomo egipcio, todas las complicaciones y dificultades de aquel sistema, que se había ido modificando para explicar las irregularidades de los astros, cuyos movimientos escapaban á una concepción sintética vulgar. Ahí están el germen y la profecía de los descubrimientos de Copérnico, Kepler, Galileo y Newton. Aquella inteligencia, tan superior á su siglo, puso en esa frase, que sus contemporáneos tuvieron por impía, y de que algunos timoratos estúpidos han querido lavar á Alfonso el Sabio, negando su existencia, la imposibilidad de que el universo fuese como aquella ciencia lo explicaba. Es un dilema que no tiene contestación: ó el mundo estaba mal hecho, ó la astronomía de Ptolomeo era un absurdo. Esa frase vivió obscu-



recida, perseguida ignominiosamente y cubierta de impiedad cerca de trescientos años, para revivir después, llena de gloria, ante la luz de un progreso que arrancó á los cielos el secreto de sus movimientos y midió las fuerzas que los impulsaban. El mundo *hecho* por Ptolomeo se venía á tierra ante la audaz é inteligente mirada de Alfonso el Sabio: aquella habilísima combinación de cielos y de círculos no podía resistir el análisis de un hombre que seguramente concebía ó presentía que el mundo debía estar mejor hecho.—N. del T.

(26) Mala señal para una sociedad es que necesite mucha ciencia en los que la conducen: si los hombres fuesen como deben ser, no tendrían necesidad de estudiar para aprender sus obligaciones. Por lo demás, Cicerón mismo, que «debía al saber todo su valor, reprendía á algunos de sus amigos el haber dedicado á la geometría, á la astrología, á la dialéctica y al derecho más tiempo del que merecen estas artes, lo cual les distraía de los deberes de la vida, más honrados y más útiles.» (Montaigne *Essais*, II, XII). ¡Páreceme que, en esta causa común, los sabios debían entenderse mejor entre sí, ó dar al menos razones sobre las cuales estuviesen de acuerdo.—N. del A.

(27) El filósofo de que Rousseau habla es D'Alembert, y la objeción que menciona se halla en la introducción á la *Encyclopédie*, cuyo título completo, según la edición hecha por Faulche en Neuchastel y en 1765, era el de *Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers, par une société des gens de lettres*.

En el tomo VIII, página 257, regístrase por cierto una brillante paradoja, á lo Rousseau, según la que «el hombre es el mejor y el peor de los animales.»—N. del T.

(28) Entre ambos partidos, reinó de continuo el odio y el desprecio recíprocos que en todo tiempo han reinado entre los filósofos y los doctores, es decir, entre los que se vanaglorian de poseer una ciencia propia y los que hacen de su cabeza un repertorio de la ciencia ajena. Retened y considerad el maestro de música y el maestro de baile del *Bourgeois gentilhomme* de Molière, y hallaréis el anticuario y el intelectual, el químico y el letrado, el jurisconsulto y el médico, el geómetra y el versificador, el teólogo y el metafísico. Para bien juzgar á todos estos tipos, basta referirles á ellos mismos y escuchar lo que cada uno dice, no de sí, sino de los otros.—N. del A.

(29) Lo que Rousseau afirma en este pasaje, es cierto y está admitido por todos los que han estudiado de cerca la religión judáica. Entre otros, Renan (*Vie de Jésus*, 6, 10, 30, 44, 70) supone que Jesús no recibió probablemente otra enseñanza que la que, en su época, daba el *hazzan* ó lector de las sinagogas (*Mischna*, *Schabath*, I, 3), y que frecuentó poco las escuelas (que acaso no había en Nazareth) de los escribas ó *soferim*. En la Judea castiza, la Ley ó *Thora*, de carácter exclusivamente moral y social, era el único punto de partida y de apoyo de toda la cultura, y cuando su influencia salió del círculo de la familia y de la tribu, fué para que los profetas la anunciaran como la religión futura del género humano. En



cuanto á la cultura helénica, se vió siempre proscrita por los doctores de Palestina, que envolvían en una misma maldición «al que educa puerco y al que instruye á su hijo en la ciencia griega» (*Mischna, Sanhedrin*, XI, 1. *Talmud de Babilonia, Baba Kama*, 82 b, 83 a. *Sota*, 49 [a. *Menachoth*, 64 b). Los mismos judíos helenistas, que habían traspasado en este punto todo precepto, no por ello se penetraron de espíritu helénico ó griego verdaderamente filosófico. Josefo y Filon, que vivían en un gran centro intelectual y habían recibido una educación y una instrucción muy completas, no poseían sino una cultura y una ciencia quiméricas, y, por decirlo así, de mala pasta. Los sadúceos, que eran, en realidad, fieles al hebraísmo clásico, y los fariseos, que eran, en el fondo, verdaderos novadores, coincidían en su culto á la Ley. En Jerusalén, el griego era muy poco conocido, y los estudios helénicos se miraban como peligrosos y aun serviles, declarándoseles útiles, á todo, más para las mujeres, á guisa de adorno (*Talmud de Jerusalén, Peah*, I 1). Únicamente el estudio de la Ley pasaba por liberal y digno de un hombre serio, (Josefo, *Antiquitatum*, XX, XI, 2. Orígenes, *Contra Celsum*, II, xxxiv). Interrogado sobre el momento en que debía enseñarse á los niños la «sabiduría de los griegos», un sabio rabino había contestado: «A la hora que no sea el día ni la noche, pues escrito está de la Ley: la estudiarás noche y día» (*Talmud de Jerusalén, Peah*, I, 1. *Talmud de Babilonia, Menachoth*, 99 b).—N. del T.

(30) Estos primeros escritores, que sellaban

con su sangre el testimonio de su pluma, serían hoy día autores en sumo grado escandalosos, porque sostenían precisamente el mismo sentir que yo. San Justino, en su *Dialogus cum Tryphone*, pasa revista á las diversas sectas de filosofía de que él otrora había sido secuaz, y las pinta tan ridículas, que se creería leer un diálogo de Luciano. En el *Apologeticus pro christianis* de Tertuliano, se ve también hasta qué punto los primeros cristianos se ofendían de que se les tomase por filósofos (a). Y en efecto: detalle alguno abatirá más á la filosofía que la exposición de las máximas perniciosas y los dogmas impíos de sus sectas. Los epicúreos negaban toda Providencia, los académicos dudaban de la existencia de la Divinidad, y los estóicos ponían en tela de juicio la inmortalidad del alma. Las sectas menos célebres no tenían mejores opiniones, y he aquí una muestra de lo que eran las de Teodoro, jefe de una de las ramas de los cirenaicos, según que las refiere Diógenes Laercio (*In Aristippo*, 98): *Sustulit amicitiam, quod ea neque insipientibus neque sapientibus adsit... Probabile dicebat prudentem virum non seipsum pro patria periculis exponere, neque enim pro insipientium commodis amittendam esse prudentiam. Furto quoque et adulterio et sacrilegio, cum tempestivum erit, daturum operam sapientem. Nihil quippe horum turpe natura esse. Sed auferatur de hisce vulgaris opinio, quæ e stultorum imperitorum que plebecula conflata est... sapientem publice absque ullo pudore ac suspitione scortis congressurum*. Bien sé que éstas son opiniones puramente particulares; pero



¿hay una sola de todas esas sectas que no haya caído en algún error peligroso? ¿Y qué decir de la distinción de las dos doctrinas, tan ávidamente recibida por todos los filósofos, y por la cual profesaban en secreto ideas contrarias á las que enseñaban en público? Pitágoras fué el primero que hizo uso de la doctrina interior, que no descubría á sus discípulos sino después de largas pruebas y con el mayor misterio, dando en la intimidad lecciones de ateísmo y ofreciendo solemnemente hecatombes á *Júpiter*. Los filósofos encontraron de perlas este método, que se extendió rápidamente por Grecia, y de allí pasó á Roma, como se ve por las obras de Cicerón, que con sus amigos se mofaba de aquellos mismos dioses inmortales que con tanto énfasis invocaba en las arengas de la tribuna. Esa doctrina no fué llevada, en verdad, de Europa al Extremo Oriente; pero aquí también nació con la filosofía: á ella deben los chinos la enorme legión de filósofos ó de ateos que en su país existen. La historia de doctrina tan fatal, hecha por un hombre sincero é instruido, sería un terrible golpe dado á la filosofía antigua y moderna. Pero la filosofía despreciará y desafiará siempre la razón, la verdad y el tiempo mismo, porque tiene su fuente en el orgullo humano, más fuerte que todas esas cosas.—N. del A.

(a) Rousseau exagera en lo que dice de San Justino, aunque no en lo que afirma de Tertuliano. La doctrina del *lógos espermáticos*, tan particular á San Justino, supone que las semillas de la fe de los cristianos estaban esparcidas en la ley de los judíos y en la sabiduría de los gentiles; de aquí

la alta estima del apologista por la filosofía, que considera como camino é instrumento para discernir la verdad de las cosas: su estudio es recomendable y esclarece, como ninguna otra disciplina, el espíritu del hombre (*Dialogus cum Tryphone*, I, v). En cambio, Tertuliano tiene á la filosofía en muy poco; constantemente fustiga á los filósofos, *qui mimice affectant veritatem et affectanda corrumpunt*: del saber filosófico dimanar, según él, todas las herejías (*Apologeticus pro christianis*, XLVII). Pero lo que aquí habla es antes un sectarismo invertido que un negativismo radical. La única obra cristiana de aquel tiempo que, por el fondo y la forma, podría compararse con un diálogo de Luciano, es la *Irrisio gentilium philosophorum* de Hermias.—N. del T.

(31) Se han dirigido justos reproches á Clemente de Alejandría, por haber afectado, en sus escritos, una erudición profana, impropia de un cristiano. Entonces, sin embargo, excusable era instruirse en la doctrina contra la cual había que defenderse. Empero ¿cómo ver, sin que la risa asome á los labios, todas las fatigas y trabajos que nuestros sabios se toman para esclarecer las soñaciones de la mitología? (a).—N. del A.

(a) En pocas palabras niega Rousseau toda una ciencia que en el siglo anterior al suyo había ya obtenido un amplio desarrollo, y que después de él ha hecho brillantes progresos: la mitología comparada. En otra parte (*Los orígenes de la religión*, I, 17) le cogí en otro desliz del mismo género, que enuncia en *Du contrat social* (en las



*Œuvres complètes*, III, 382). En cuanto á Clemente de Alejandría, no es mucho que conociese á fondo la ciencia greco-pagana, cuando era y él mismo se calificaba de gnóstico (*Stromata*, IV, XXII), y fué uno de los más ilustres representantes de la escuela de Alejandría, madre del neoplatonismo y del sincretismo. Baronio quitó su nombre del martirologio romano, cuya nueva edición fué publicada en 1751 por Benedicto XIV; pero es lo cierto que las razones que este célebre papa indica en la bula *Postquam intelleximus*, fueron precisamente las que hicieron en su tiempo famoso á Clemente de Alejandría, conviene á saber: 1) su concepción gnóstica de la penetración y relación íntima (*perichoresis*) de la razón con la fe; 2) su criterio ecléctico en cuantas cuestiones filosóficas se enlazaban con la teología; 3) su habilidad en mezclar las ideas del cristianismo con las tradiciones religiosas del Oriente; 4) sus llamados «errores» dogmáticos, que compartió con otra de las mayores inteligencias de la primitiva cristiandad: Orígenes.—N. del T.

(32) «Nuestra fe no es adquisición nuestra propia, sino puro presente de la ajena liberalidad. No hemos recibido nuestra religión por discurso ó por nuestro entendimiento, sino por autoridad y por mandato extraño. La debilidad de nuestro juicio nos ayuda en ello más que la fuerza, y nuestra ceguedad más que nuestra clarividencia. Por ministerio de nuestra ignorancia, más que de nuestra ciencia, somos capaces de la sabiduría divina, No hay que maravillarse de que nuestros medios naturales y terrestres sean incapaces de

concebir ese conocimiento sobrenatural y celeste; aportemos á él tan solo nuestra obediencia y nuestra sujeción, porque escrito está: *Yo destruiré la sabiduría de los sabios, y abatiré la prudencia de los prudentes*» (Montaigne, *Essais*, II, XII). N. del A.

(33) El duque de La Rochefoucauld, *Maximes*, 223.—N. del T.

(34) Cuando se trata de objetos tan generales como las costumbres y las maneras de un pueblo, conviene no apoyar los puntos de vista en ejemplos particulares, medio seguro de no descubrir jamás el origen de las cosas. Para saber si la corteza debe razonablemente atribuirse á la cultura de las letras, importa poco averiguar si tal ó cual sabio es hombre fino: lo que hay que examinar son las relaciones que pueden existir entre una cosa y otra, y ver cuáles son los pueblos en que se hallan unidas ó separadas. Otro tanto digo del lujo, de la libertad, de todo cuanto influye en las costumbres de una nación y sobre lo que oigo á diario razonar lo más lamentablemente del mundo. Examinarlo en pequeño y considerando algunos individuos tan sólo, es perder tiempo y reflexiones, porque se puede conocer á fondo á Fulano ó Mengano, y haber realizado escasos progresos en el conocimiento de los hombres (*a*).—N. del A.

(*a*) A mi juicio, Rousseau se equivoca en este punto. Porque si es difícil realizar el *nosce te ipsum*, lo es más todavía el conocer á los demás, que ni se conocen á sí mismos, ni se dejan conocer fácilmente. El conocimiento de las acciones de alguno de nuestros semejantes cuesta mucho



esfuerzo, porque, en este orden, las acciones se realizan á grandes profundidades y á veces nacen del capricho. En cuanto al conocimiento del hombre «en general», á que Rousseau se refiere, no es más que una vaguedad ó una abstracción, sin el de los individuos «en particular».—N. del T.

(35) Mucho me admiraría que alguno de mis críticos no partiese del elogio que hice de algunos pueblos ignorantes y virtuosos, para oponerme las tropas de bandidos que han inficionado la tierra, siendo hombres muy sabios por lo común. Yo les exhorto de antemano á no fatigarse en esta investigación, á menos que no la estimen necesaria para ostentar erudición á costa mía. Si yo hubiese dicho que basta ser ignorante para ser virtuoso, no valdría la pena responderme, y, por la misma razón, muy dispensado me creería de responder, por mi parte, á los que perdiesen el tiempo en sostener lo contrario. Véase el *Timon* de Voltaire.—N. del A.

(36) El ya citado filósofo dice que «quedarán los vicios y que tendremos la ignorancia de añadidura.» En las pocas líneas que ese autor ha dedicado á tan grande asunto, se advierte que volvió los ojos de este lado y que vió muy lejos.—N. del A.

(37) Trátase del mismo rey Estanislao.—N. del T.

(38) Rousseau no respondió á Bordes más que una sola vez, pero había ya respondido al rey de Polonia, y llama á esta respuesta la última, para advertir que no respondería á nadie más.—N. del T.

(39) Hay verdades muy ciertas que, al primer golpe de vista, parecen absurdos, y que pasarán siempre por tales á los ojos de la mayoría de las gentes. Id á decir á un hombre del pueblo que el sol está más cerca de la tierra en Invierno que en Verano, y que se ha puesto antes de que dejemos de verle, y se reirá de vosotros. Sucede lo propio con la opinión que sostengo. Contra ella se revolverán siempre las personas superficiales. No espero la misma actitud de parte de los verdaderos filósofos, y si tengo la gloria de hacer algunos prosélitos, será entre los últimos. Antes de dar mis explicaciones, he meditado por largo tiempo el asunto y procurado considerarle en todos sus aspectos (a): dudo que cada uno de mis adversarios haya hecho otro tanto: al menos, no vislumbro en sus escritos esas verdades fulgurantes que hieren, tanto por su novedad como por su evidencia, y que son siempre prueba y fruto de una meditación detenida. Me atrevo á aseverar que nunca me han opuesto una objeción razonable que yo no hubiese previsto y á la que no hubiera respondido de antemano. He aquí por qué me he visto reducido á repetir siempre las mismas cosas.—N. del A.

(a) Falsa es esta aseveración, si es verdadera la versión, según la cual Diderot fué el inductor del argumento del *Discours* y Rousseau simplemente un inducido. En tal caso, tienen razón los que suponen que Rousseau se constituyó en apóstol de una idea contraria á sus convicciones, sólo porque era nueva y paradójal, y ven un rasgo del carácter de Rousseau en haber precisamente cons-